

EDITORIAL

Después de haber dedicado las editoriales previas a una visión optimista de todo lo que implica compartir y divulgar el conocimiento, me enfrento hoy a la necesidad de reflexionar en relación con las malas prácticas que se presentan o podrían presentarse en las publicaciones científicas.

Intentando aterrizar el tema, podemos mencionar como definición de “fraude científico” a todas aquellas desviaciones del método científico y de las normas éticas relacionadas con la actividad científica. Revisando estos tópicos, he encontrado que el concepto de “mala práctica” incluye múltiples y diversas situaciones, algunas de las cuales nos pueden resultar sorprendentes e inimaginables, como por ejemplo que se inventen trabajos supuestamente científicos, y por otro lado otras que hasta ahora pueden habernos parecido normales –sin entrar en un análisis más profundo– como por ejemplo, que se incluya en la autoría de un trabajo a personas que no han participado en él.

Con el objeto de estimularlos a pensar en el tema, mejorar nuestras prácticas y estar atentos a no caer involuntariamente en aquellas que se alejan de los marcos recomendables, enumeraré algunas de las situaciones que pueden ser consideradas como fraude científico: fabricación, manipulación o falsificación de datos, negligencia científica, plagio, autoría ficticia, publicación reiterada, incorrección en citas bibliográficas, sesgo de publicación y, según algunos, publicidad sensacionalista en relación con los resultados de la investigación. De los anteriores, se consideran como los más frecuentes: la falsificación de datos, la fabricación de éstos y el plagio.

Por primera vez en la historia de nuestra revista nos vemos enfrentados a una denuncia de plagio de un trabajo científico. Revisando el camino recorrido, nos damos cuenta que si bien contamos con elementos que nos ayudan a certificar propiedad intelectual, como por ejemplo la declaración de autoría firmada personalmente por todos los participantes en el trabajo y la revisión de las publicaciones relacionadas, los editores y miembros del Comité Editorial hemos trabajado siempre basados fundamentalmente en la confianza y en la buena fé.

Me permito pedir a todos que, en la medida de sus posibilidades, permanezcan atentos a evitar estas malas prácticas y a fomentar el respeto por las normas éticas en el desarrollo de la actividad científica.

Dra. Karla Moëne B.
Editora Científica